

# EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Agosto 11 de 1860.

Núm. 4.

## EL MOSAICO.

SANTIAGO, AGOSTO 11 DE 1860.

### Destino de nuestra poesía.

#### III.

Al lado del cantor de *las meditaciones*, que se consideraba entónces por los Borbonistas como el poeta de la *legitimidad*, oíase resonar también la lira de otro vate no ménos esclarecido por las prendas de su alma i el fogoso empuje de su jenio. Casimiro Delavigne acordaba también su instrumento, pero subiéndolo a un tono que permitia no solo a su pecho robusto exhalar toda la vigorosa armonía en que rebosaba, sino hacer alarde del buen gusto i elegancia que habia sabido beber en los cultos escritores del pasado siglo. *Las mesenianas* son un himno constante de guerra, de dulzura, de dolor: poesía que habia menester la Francia para endulzar la amargura de sus infortunios i reveses i para mantener siempre frescos los recuerdos gloriosos que tanto amaba, a pesar de que en cada uno de ellos iba un océano de lágrimas.

Béranger, el poeta del pueblo, el cantor de las multitudes, el cancionero, cuya reputacion ha subido hasta el diapason de los mas esclarecidos ingenios de estos tiempos, comenzaba a su turno a hacer que la musa Francesa recobrase su antigua alegría, aquel donaire campestre, aquella picante mordacidad empapada en melancolía, que recuerda tan al vivo ora los antiguos romances sepultados por la poesía erudita, ora la musa lijera que en manos de Voltaire habia resonado a veces con tanta gracia. Pero lo que en el cantor del *Dios de las buenas jentes* era orijinal, propiamente suyo, peculiar de su jenio, era esa mezcla de profunda filosofía i graciosa lijereza que hace que el hombre ménos culto pueda iniciarse en todos los secretos del corazon sin el menor esfuerzo.

Con estos tres paladines, ya no habia que temer que las musas fuesen otra vez amedrentadas, i que tuvieran que pasar por el dolor de volver a romper las cuerdas de su cítara por no hallar oídos dignos de sus cantos.

Mui léjos estamos de pensar que un gobierno como el de Luis XVIII podia ser acreedor a este beneficio, ni mucho ménos de asentarse que la poesía para desarrollarse i robustecerse ha menester de la mano de los reyes cuando estos no son guiados en la tarea de gobernar sus pueblos por las lecciones de la sabiduría i la justicia. Monarca astuto, despótico, amigo de las corruptelas como descendiente de la casa de Borbon, nutrido además en la que se llama ciencia del gobierno, i que no es, a juicio de los hombres de corazon, mas que el arte pérfido i engañoso de que se han valido hasta aquí los reyes para oprimir a los pueblos; no es posible que su reinado pueda ofrecerse como una muestra, ni que la felicidad de los Franceses en aquel entónces fuera digna de envidia. No, de ninguna manera. Mas como lo bueno i lo malo en este mundo son relativos, el gobierno citado apareció a primera vista como el arco iris que aseguraba el final de la tormenta.—Si, así se pensó; i fué tanta esta ilusion que hasta los recuerdos de libertad, que hasta los derechos a tanta costa conquistados, i las glorias con tanta sangre gloriosa empapadas, llegaron a olvidarse por la esperanza falaz de que un Borbon pudiera reconstituir la monarquía que su misma familia habia llevado de caida en caida hasta su ruina.

Bajo este aspecto la poesía se creyó libre, dueño de poder estender sus alas en todo el dominio del sentimiento; i con esta fé, fué como pudieron los escritores citados dar rienda suelta a la inspiracion que por tanto tiempo dormitaba en su alma.

Sin embargo, en medio de este movimiento inusitado de la imaginacion i del alma, la marcha de la poesía en jeneral continuó temblorosa e interrumpida, siguiendo como debia i era natural esperarse, la carrera de la civilizacion i del progreso. Echemos una mirada retrospectiva.

El jenio Frances por su universalidad no ha querido quedarse sin poseer todo jénero de glorias: ha pretendido que su cultura sea el reflejo de la que disfrutaban todas las naciones del globo; i de este modo es como ha llegado a aclimatar en su suelo todo jénero de teorías, de sistemas, de utopias, de errores; no desistiendo de sus pretensiones ni aun en medio del

desengaño, pues que su orgullo ha sido muchas veces preferido a su misma ventura.

Respecto a la poesía, se sabe que ha interrogado ya el laud antiguo de Homero, la musa de los Arabes i la harpa del bardo Escoses. La poesía propiamente, si hemos de creer a los mejores historiadores de su literatura, no brilló sino despues de los tiempos de la caballería; quedando con todo la lengua mui atras de las costumbres o, por mejor decir, como escaso instrumento para el cambio del pensamiento.

Las musas vulgares no supieron espresar el bello ideal *caballeresco*. Los tiempos eran todavia demasiado cercanos para que la literatura, todavia en su infancia, supiera esplotar el tesoro que ocultaba de tanto tierno i romántico recuerdo.

Con todo bien pronto la poesía, desligándose de sus ataduras, creció, si es posible prestar cuerpo a la voz del alma; pero nunca pasó la raya de fidelidad con que se juzgó empeñada con las musas antiguas, a las cuales sin duda debió sus innegables progresos.

La elevacion de Corneille, la pureza de Racine ni fueron sobrepujadas, ni lo que es mas pudieron igualarse; i hasta tal punto llegó la superioridad de estos dos grandes maestros en la poesía, considerada como lo hemos ya repedido como arte i nada mas, que se creyeron, i aun se creen sus obras, como el supremo esfuerzo que puede hacer el talento para reducir a rima cantable i rigurosa las concepciones del espíritu.

Considerada bajo este aspecto no quedaba al poeta mas que tentar una via nueva: la esperanza de renombre no podia venir sino separándose del camino en que tenia forzosamente que encontrarse con dos colosos, cuya vista solo arredraria al mas osado.

Conociendo esto Voltaire tentó con buen suceso una nueva vereda: bajó si se quiere la elevada entonacion de su musa; hizo que ella fuese el éco de la filosofía dominante: apropióse para ella las creencias entónces populares, i revistiéndola despues con todo el atavio que podia prestarle su jenio consiguió, ya que no podia hacer una *Henriade*, una tragedia que fuera una copia perfecta de la literatura antigua, que sus poesias fujitivas, como se llaman, ocupasen la memoria i deleitasen la fantasía de los mismos que admiraban la perfeccion artística de los escritores que ya hemos nombrado. Las estancias *cesar de amar i ser amable*; los versos *al navío* que una compañía de comercio de Nantes bautizó con su nombre, i otra multitud de juguetes de esta clase, son la prueba de lo que decimos, i un testimonio que no debemos olvidar para hacer que la poesía, si se quiere que lleve con honor i con gloria el nombre con que se la designa, no se separe jamas del sentimiento, que es lo único que

debe representarse, o mejor lo único que puede hacer el objeto de sus cantos.

Delille i Fontanes, como lo dijimos al tratar del papel que la literatura asigna a Chateaubriand i Mma. de Staël en la resurreccion del espíritu poético, habian acostumbrado a la musa Francesa a espresar con felicidad todos los detalles del jénero descriptivo. Esta tentativa encendió la imaginacion de una jeneracion nueva de poetas; i de aquí viene la direccion que tomó la literatura, i en particular la poesía, con asombro de los mismos que, acostumbrados a seguir la hilacion de la civilizacion humana, no pudieron jamas presumirse que al espíritu se diera tan errada tendencia. Con esto queremos hacer mencion de la nueva escuela que con título de *romántica* se levantó casi de improviso de entre las ruinas del clasicismo. A cualquiera que esté acostumbrado a contemplar los sucesos históricos como un encadenamiento de causas que han de hallar siempre una representacion viva en el pensamiento, no podrá ménos que parecer casi necesario aquel trastorno que experimentaron las letras; i por el cual llegó a considerarse como perfecto i acabado lo que era una abierta contradiccion de todas las reglas del arte. La necesidad de innovarlo todo, producida por la amargura que se conservaba aun en el corazon por los pasados contratiempos, estendióse a las letras; i por desgracia en esta universal sacudida de todas las leyes que se basan en lo bello, no pudo ménos que influir de un modo tan funesto en la imaginacion del poeta, que llegó éste hasta figurarse como dotado del poder de enmendar a la naturaleza misma en sus mas espléndidas bellezas.

La poesía en el concepto de los nuevos adalides debia traer consigo no solo un manantial de dolores sino un cortejo fúnebre de horror i de crímenes, que se consideraban no solo como la espresion verdadera de la sociedad sino como los recursos únicos de que podia hacer uso el artista para desarrollar su talento. Buscóse la verdad; pero no tal cual debe buscarla el poeta: se apeteció la libertad en la esfera del arte pero no como la ambicionaria el que sabe que la naturaleza misma ama el orden para ejecutar sus primores; i en este concepto tuvimos durante diez años toda esa larga cáfila de escritos, que tan funesta influencia han ejercido no solo en la misma Francia, que pudo deshacerse pronto de esta plaga, sino en España de quien directamente bebiamos el emponzoñado licor como una bebida rejeneradora i vivificante.

La melancolía que se apoderó de las letras fué horrible: el teatro no ofreció desde 1824 hasta 1833 mas que monstruosidades, en que confundida la imaginacion con el portentoso de tanto horror, casi no dejaba al corazon respiro: la novela corrió atestada de nuevas o ma

yores aberraciones, i hasta tal grado se quiso hacer trascendente su influjo, que se embutió en ella no solo los partos mas atroces de una imaginacion en delirio, sino las doctrinas mas subversivas de la moral i del buen gusto.

Al lamentarnos del descenso que repentinamente experimentó la literatura en el segundo periodo de la restauracion, es forzoso confesar que nuestras quejas no van dirigidas a las letras acusándolas como causas motrices, de esta funesta revolucion, sino a la sociedad, a la política, a la desgracia, si se quiere, comprender en ella esa secuela de males que habian ido lentamente filtrando en la sociedad esa ponzoña de que aun no ha podido verse libre la nacion francesa. Pero no hablemos mas que de poesía.

El estudio i la imitacion que desde 1814 habian comenzado a hacerse de las obras de Byron, contribuyó poderosamente a que la poesía, separada de la via en que Lamartine i Delavigne la habian colocado, contrajese un espíritu i tomase una direccion enteramente contradictoria al sentimiento mismo del pueblo a la sensibilidad nacional, ya despertados favorablemente hácia lo bueno i lo noble.

Lo que quedaba de la pasada escuela materialista del pasado siglo alistóse, pues, en las banderas del nuevo enemigo de la religion i el sentimiento; mas como ni el carácter Frances se presta a la negra misantropía Inglesa, ni sus trasportes ni pasiones pueden ir jamas cubiertas con ese betun de spleen que en los hijos de la gran Bretaña parece innato; las imitaciones de Lord Byron fueron solo copias mas bien ridículas que funestas, i eso que lo fueron bastante, i de las cuales podemos todavia tomar algunas para aprender como los pueblos consiguen viciar sus mas bellas facultades. La melancolía contemplativa que necesitan las artes, esa devocion que parece comunicar al artista los secretos de belleza que están encerrados en el estenso océano del infinito: ese estado que los Franceses llaman *beatitude*, i que solo lo proporcionan la tranquilidad i el retiro no eran por cierto esa melancolía desesperante que subleva al hombre contra las leyes que gravitan sobre su naturaleza, que convierte su existencia en un verdadero potro de martirio, i que concluyen al fin por despeñarlo en el abismo de todos los crímenes.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

### Un desengaño.

EPISODIO DE LA VIDA SOCIAL.

(Conclusion.)

VII.

En una pieza del segundo piso, situada en la calle de la Compañía, desarreglada como todo cuarto de estudiante, se vé a Alberto muelle-

mente reclinado en un divan, teniendo una mesa por delante, en la que se ven algunos libros desparramados. Un gran pensamiento debe preocuparlo, pues está completamente abstraído!

Alberto, fijos los ojos en el suelo, contempla silencioso un hueso humano, que algun amigo debia haber dejado olvidado. Piensa en la inestabilidad de las cosas humanas: se horroriza al contemplar la miseria de nuestra vida, el círculo preciso que debemos recorrer; a un año sigue otro año, i su sucesion no interrumpida, nos trae la vejez i la muerte por legado: el desencanto de las ilusiones mas queridas suceden, cuando el tiempo ha venido a blanquear nuestras cabezas. ¿Que es el corto espacio de la vida, dice, en comparacion a la eterna sucesion de los siglos? Un punto bien pequeño es la existencia del Universo.

Pero hé aquí que sus ojos toman una expresion indefinible de contento; una suave sonrisa dilata sus rojos lábios, i un recuerdo se le aparece a golpearle la puerta de su imaginacion. La figura de Emelina cruza lijera, i sus pensamientos toman un tinte de alegría que se deja conocer en su semblante.

Hélo ahí feliz, alimentándose de su amor espiritual, que se figuraba ver retratado en una existencia virjinal que apenas aparecia en el horizonte de la vida, virjen i pura, como el sueño del mas puro amor, como una de esas flores que abren sus purpurinos pétalos al suave ambiente de una mañana de primavera, para recibir el fresco aliento del aura que suspira al brindar un beso a esas reinas de la naturaleza, que embalsaman el aire embriagador del dia que se levanta sin una nube en el espacio, i en el que solo se vé el disco del sol dibujarse en el fondo azulado de nuestro cielo bello i encantador,

Mas, cuando la pasion llega al último grado, cuando ha podido trepar hasta el fin de la escala de la felicidad o de la desgracia, la razon fria viene a abrirnos la puerta de la reflexion, i nos hace pensar en los contratiempos i mirar el término opuesto.

Una idea surca en medio del transporte de felicidad, que se dibuja en el simpático rostro de nuestro jóven lejista, i esa idea viene a mostrársele triste i sombría, como una de esas noches cargadas de nubarrones, pronto a pagar un triste tributo a la naturaleza.

El pensamiento, la idea de una decepcion por parte de Emelina, lo sume en una especie de abatimiento, que bien puede considerarse como una verdadera tristeza, que viene a amargar las dulces esperanzas que habia concebido.

De repente, la puerta se abre, i un jóven como de 25 años de edad, entra a la habitacion de Alberto i lo saca de su profunda meditacion.

¿Quien era ese jóven que sin ninguna ceremonia acababa de entrar? Era un médico que hacia poco se habia recibido, un amigo íntimo de Alberto, que le habia cobrado una aficion estremada desde que lo conoció en el colejio; aunque no habian sido condiscípulos, una amistad verdadera los unió desde que se vieron.

—Buenos dias, Federico, le dijo Alberto, luego que entró.

—Así te los deseo, mi jóven amigo. ¿Pero que es lo que tienes, Alberto, que te veo tan preocu-

pado? ¿Contemplas acaso ese pedazo de cráneo que dejé por olvido esta mañana?

—No, amigo mio, contestó este; tengo otros pensamientos mas tristes que me preocupan; ideas que se me aparecen cubiertas de luto en un momento, pero que mas tarde se me aparecerán de color de rosa.

—Me gusta que así seas, dijo Federico. Ahora estás mas razonable. Yo no sé que clase de amores te tienen embebido, que algunas veces te hacen perder la chaveta, i como ahora te hallo un poco mas en razon, quisiera que me contaras tus sentimientos, tus amores, tus proyectos de felicidad. Es cierto que no todos los ignoro, pero quisiera que fueses mas explícito conmigo. Bien puedes confiarme tus pesares, puesto que sabes cuanto me intereso por ti.

—Lo conozco, i soi por eso tu reconocido. Nada tengo que ocultarte, Federico.

—Dejemos cuentos a un lado i veamos lo que tienes que decirme.

—Ah, Federico! si tú supieras cuantos combates se traban en mi pobre corazon; si vieras la pasion grandiosa que abrigo por un ser, que es para mí un Dios sobre la tierra; si conocieras bien a ese ángel de hermosura i de bondad, i si tambien fueras capaz de sentir lo que puede un pensamiento de frustracion de un porvenir feliz, entónces no te admirarias de encontrarme algunas veces tan alegre, con el ánimo tan contento, haciendo disparates, si tu quieres, i otros, con fúnebres ideas que dan un tinte melancólico a mi semblante. Amo a Emelina, como yo puedo amar; la amo con una pasion infinita, eterna: ella es para mí toda la felicidad; es el ángel tutelar de mis amores, la estrella brillante que me guia en el campo bien triste de la vida. Toda mi felicidad depende de ella. Cuando yo siento desprenderse la voz de su garganta, armoniosa i arjentina, que parece el raudal de una música sublime, mis sentidos se embargan i mis potencias me encadenan. Pero has de saber que un motivo de zelos, ha venido a pasar como un rayo, como un fugaz meteoro, como queriendo hacerme despertar de mi ciega confianza en su pasion.

La otra noche se daba un baile en casa de mi amigo, el jeneral C. (que fué donde por primera vez ví a Emelina); los salones estaban profusamente iluminados; una concurrencia escogida llenaba la casa; una magnífica orquesta convidaba a bailar. En medio de un lijero Wals, un ramo de violetas que yo mismo habia acomodado, cae del pecho de Emelina; un jóven que bailaba con ella, i que se decia recién llegado de Europa, recoge ese precioso ramo, i una sonrisa mui afectuosa brotó de los lábios de Emelina. Desde entónces no lo volví a ver mas (a ese ramo). Me dijo, ella, que en un segundo baile se le habia desaparecido. En vano traté de ver si confesaba que lo habia regalado a ese jóven. Desde ese dia data una idea que no me abandona en medio de mi placer. El sentimiento de tener que apurar gota a gota el cáliz de un amargo desengaño, me persigue por todas partes i a todas horas; pero cuando recuerdo su dulce mirar, las amables palabras que nacen de sus lábios, esa idea vuelve a desaparecer para dar lugar solamente a la alegría.

Hé ahí la razon de mis contrastes,

Te suplico dejes tu escepticismo i tu iucredulidad para juzgarme a ella i a mí, i que lo que me digas no sea entintado con el lenguaje de tu materialidad.

—Siempre me has juzgado de ese modo, Alberto, dijo Federico, porque no he hecho sino revelarte el cuadro cierto de la sociedad actual. Si soi escéptico, como tu dices, es porque el desengaño ha venido a reemplazar mis juveniles ilusiones. La verdad ha hecho desaparecer las ideas que tenia cuando era niño. Tu no conoces aun lo que es la vida: embebido siempre en el estudio, no has tenido tiempo para conocer esa reunion de hombres que se llama sociedad.

La contemplacion de la materia, las desgracias, las enfermedades, el estudio árido i triste de las miserias humanas, me han colocado en una posicion harto desgraciada, si quieres; porque desde ahí he visto quebrarse, caer hechos pedazos mis sueños dorados: el cadáver i el enfermo me han hecho descender de la idealidad a la contemplacion de la materia.

Hai veces que veo una hermosa niña, de esas que ustedes llaman vírjenes puras nacidas en el albor de la mañana; admiro a esa niña, pero luego viene a turbar mis pensamientos la materialidad fria i descarnada. Su ropaje desaparece, sus gazas se rompen a mis miradas, i asisto como un observador anatómico a la contemplacion de la realidad: yo la hago pasar por todas las transiciones de la vida; asisto a sus diversas transformaciones haciendo volar al tiempo, haciendo que los años blanqueen su cabeza, arruguen su frente, marchiten su tez limpia i aterciopelada. Ah! entónces su mórbido cuello, su turjente pecho, sus tornados brazos, no vienen a ser ni una sombra siquiera de lo que son ahora; su boca ya no es la boca que convida al amor; su voz no es ya la voz arjentina i plateada que deleita el oido; todo ha desaparecido; las gracias que la adornan ahora, los encantadores ojos que lanzan miradas de fuego, el pelo sedoso, que por la mañana cae negligentemente sobre su nevada espalda, su hermoso talle que los ángeles le envidiarían, si tuvieran una forma material, han desaparecido; solo veo yo un cráneo con los ojos hundidos, la voz chillona, una peluca que cubre su cabeza, en una palabra, veo un cadáver que anda, que se mueve, que se ajita i habla.

Ah! Alberto, tu corazon grande i poético te hace ver siempre las cosas de color rosado; el desengaño no ha venido todavia a golpear tu puerta; mañana, quizás, apurarás gota a gota el cáliz del dolor, beberás la hiel de la decepcion, i un triste i profundo recuerdo te hará conocer cuanto vale mi incredulidad. Dios te libre que así sea; conozco tu gran sensibilidad, i un acontecimiento de esa especie seria para tí la muerte.

Es necesario desconfiar siempre. Si quieres vivir, como se puede vivir en este mundo, abandona todo sentimiento grande en la pasion; corre, diviértete, ahógate en el placer; nada se te dé lo que suceda; no creas a nadie; solo así no podrás sufrir como sufrirás mas tarde.

Conozco a Emelina; i dispénsame que te diga que debes desconfiar mucho de ella. No te dejes arrebatar de una pasion ciega i ardiente que venda tus ojos i te hace ver idealidades. Siento pronosticarte, querido amigo, un desplome en tu hermoso edificio, pero lo hago para evitarte un

sentimiento mayor. Emelina es una fruta del jardín de las Hespérides que no te es posible cojer.

Ah! Alberto, Alberto, querido amigo, do quiera el hombre se encuentra, se forja, jeneralmente en su imaginacion, un hermoso porvenir, bellas lontananzas; halaga ideas de imposible ejecucion; vé estenderse, ante sí, verdes i dilatadas campiñas que la naturaleza ha embellecido con esmero, jardines fantásticos, bellas ilusiones, dulces placeres, goces perennes, ideas halagüeñas, miéntras tanto, ai!... ¡triste realidad! un abismo se abre a sus piés, una profundidad terrible, inmensa, insondable, cuyo fin es imposible distinguir. —Así es la vida, el hombre baila sobre los muertos, el placer oculta la tristeza, la felicidad se rie de la desgracia.

Cuantas veces, llevado en alas del pensamiento, he visto que la sociedad, contemplada con ojo filosófico, no es otra cosa que una horrenda i superabundante mutilacion, cuando dejándonos arrebatados de nuestras pasiones, somos llevados insensiblemente a ella. He visto, entónces, despedazarse sordamente al amigo, al hermano, al marido, a la mujer i a todos los hombres entre sí, cebados en el deseo de posesion de un pedazo de metal, simple escoria arrebatada a las entrañas de la tierra, i a quien los miserables mortales rinden un culto cual si fuera un Dios,

Convéncete, Alberto, de que nada vale el talento sin el dinero. Un rico no va jamás a golpear la puerta de un sábio; a este sí que se le encuentra en las antecámaras de aquel.

El mundo es falaz i engañoso. No quieras elevarte mas allá de los hombres, sino quieres caer. Abandona toda pasion grande, no te hagas superior al corazon humano.

Duda, duda siempre, duda hasta de Emelina.

—Imposible! imposible es, dijo Alberto, que yo pueda vivir sin una pasion que venga a vivificar mi fé, a darle fuerza a mi esperanza. Si he dudado de Emelina por un momento, ya no dudo, a pesar de tus tristes i horrorosas reflexiones. Cuando la veo tan encantadora, tan hermosa; cuando siento aquí, en mi pecho, el fuego de su ardiente mirada, no me acuerdo sino de mi felicidad; me olvido de todo.

Bien se conoce, Federico, continuó Alberto, que tú sigues la carrera de la medicina, porque la materialidad ha venido a ahogar desde temprano tu ilusion, lo único que hace feliz al hombre. Ah! ustedes, los médicos, son incapaces de comprender la espiritualidad de un amor enjendrado por una mujer divina, admirable; ustedes la miran solo como miran a un cadáver.

—No es por eso mi jóven lejista, contestó Federico, es porque nosotros estamos mas en contacto con los hombres, porque a nosotros se nos revelan muchos secretos de sociedad, i de aquí depende el conocimiento que hemos hecho de la mujer, de aquí el conocerla con todos sus defectos i todas sus grandezas.

—Yo no quiero pensar de ese modo.

—Ojalá que la experiencia no te sea mui dura i el sufrimiento, dimanado de la verdad, no te sea mui cruel.

—Así lo espero : los ojos de Emelina no pueden mentir.

—Te equivocas. Yo te he dicho que la conozco. Su fisonomía es la de un ángel, pero de un ángel

que está mui arraigado a la tierra, que encubre sus sentimientos con el velo de la mentira.

—Eso es falso; jamás su boca podrá mentir ¡es tan bella!

—Veo de nuevo, dijo Federico, que te vuelve otra vez la monomanía, i te hace delirar.

—Es cierto; pero con un delirio dulce, que no cambiaria por ningun otro placer; con una locura que fascina, que encanta. que tú eres incapaz de comprender.

—Siempre con la misma. Ya te he dicho que la experiencia me ha hecho incrédulo.

—Infeliz! yo te compadezco, dijo Alberto, porque es digno de compasion todo ser que ha perdido la esperanza, todo jóven que no tiene fé. Desgraciado de aquel que le falta el estímulo en la vida, cuyo corazon es solo como un árido desierto en que no brota una flor que embalsame el ambiente, una pasion que lo halague i lo haga capaz de grandes acciones. Si me viera reducido a ese estado, preferiria la muerte. ¿A qué vivir cuando la vida no viene a ser mas que un campo, una pampa estensa i arenosa en esas circunstancias? La muerte moral ha sucedido; en ese caso el suicidio, quizás, seria permitido : una puñalada haria brotar sangre, haria morir el cuerpo, cuando el alma —lo mas grande que hai entre nosotros,—estaba ya exánime. El puñal aniquilaria el cuerpo—que es la materia,—cuando el espíritu estaba muerto por el dolor.

—Infeliz! diré yo tambien, dijo Federico, de aquel que cree al mundo un lugar de delicias i consuelo; de aquel que cree en la existencia de una sociedad imaginaria, que se ha forjado en sus ensueños. Ah! cuán grande es la caída que ese experimenta, cuán intenso es el dolor que de él se apoderará mas tarde. Si las palabras que me has oido decir, Alberto, han salido de mis lábios, es porque una amistad grandiosa me une a tí, es porque conozco tu corazon tan bueno i tan confiado, es por prevenirte un sentimiento que pudiera volverte loco. Dios quiera que Emelina te ame siempre; haré votos porque así suceda.

—Gracias.

—Veo que nuestra conversacion se ha prolongado mucho, dijo Federico, i mis ocupaciones me reclaman. Adios, caro amigo; i te encargo pienses con detencion en lo que te acabo de decir. Adios!

—Adios.

I Alberto, a la salida de su amigo, volvió a quedar meditabundo, con la cabeza apoyada en una mano. ¡Quién sabe si pensaba en lo que Federico le acababa de revelar acerca de la sociedad!

## VIII.

Estamos en la Serena, por el mes de marzo de 1858. La noche es hermosa; una bruma lijera se levanta de las vegas que la circundan por el norte; el bramido del mar se siente manso al estrellarse contra la playa, como si humilde, fuera a lamer los piés de la bella ciudad.

En una pieza de una casa situada en la calle de la Portada, como de 4 metros de largo i 3 de ancho, se vé arder una lámpara pequeña que parece agonizar, i cuyos débiles rayos iluminan una cama, en la que se vé diseñarse el cuerpo de una persona que se ajita.—Es Alberto.—A su lado vela un amigo;—ese amigo es Federico.

¿Por qué los encontramos ahí, i por qué, tambien, en semejante situacion?

Ante todo, dirémos que la familia de Federico era coquimbana, i que siempre se iba a pasar allá las recreaciones. Despues, que Alberto tenia un tio, domiciliado ahí, a quien apreciaba mucho, i del que habia recibido una carta, en la que lo mandaba llamar con urgencia, cuando los claustros del colejio se acababan de cerrar. Fácil es coleccionar que los dos amigos hicieran su viaje juntos; pero lo que no se podrá saber, si yo no lo digo, es que el tio de Alberto, persona por cierto mui respetable por los méritos contraídos en las diversas campañas que hizo durante la guerra de la Independencia, se encontraba mui malo cuando escribió a su sobrino.

Los años, i mas que todo, los pesares, i el olvido de sus servicios a la patria, le habian hecho contraer una enfermedad mortal. El queria exhalar el último suspiro en brazos de aquel hijo de su hermano, a quien habia acariciado cuando niño, i a quien conservaba siempre un amor como de padre.

El compañero de Alberto, en estas circunstancias, era Federico, que jamás le abandonó; puso al servicio del tio de su amigo, sus conocimientos científicos i su abnegacion personal; pero la enfermedad era mortal; ahí no solo tenia que batallar la medicina, sino tambien la esperanza ¡i esta habia abandonado ya su jeneroso corazon! Un pesar intenso habia debilitado sus fuerzas, i la muerte era una consecuencia necesaria.

Don Antonio (pues así se llamaba) exhaló su último suspiro en brazos del ser mas querido que dejaba en la tierra. Al tiempo de morir le echó su bendicion; su última palabra, su postrer pensamiento fué tambien para él.

Alberto, estremadamente sensible, no pudo soportar la pérdida de la persona mas cercana de la familia que le quedaba sobre la tierra; la de un tio a quien siempre habia respetado i querido como a su padre.

Una fiebre nerviosa, intensa, se declaró en él. Desde entónces, Federico no se separó un momento de su lado; él le acomodaba las medicinas, le daba el alimento, que nuestro jóven Alberto rechazaba siempre; en fin, Federico lo hacia todo.

La fiebre iba acompañada de delirio. Dos figuras se disputaban su atencion;—el cadáver frio de su tio, i la figura bella i simpática de Emelina.

Así es todo en este mundo; los extremos mas opuestos se unen: la idea de la muerte nos recuerda la de la vida.

En medio de su delirio, Alberto, veia la vaporosa forma de la mujer que formaba todos los ensueños de su felicidad; creia que esa figura se le acercaba i lo conducia por un campo ideal de bellezas i primores; que juntos los dos, conversaban de amor a la orilla de un riachuelo de cristalinas aguas, que serpenteaba formando caprichosas figuras i lamiendo la raiz de elegantes i floridos árboles, i que se embriagaba al respirar el suave aroma de las flores. De repente, un cadáver cubierto de largas ropas negras, venia a turbar la hilacion de su dorada locura i suspiros continuos se exhalaban de su anhelante pecho.

Al fin, la fiebre pasó; Alberto se puso bueno i se restableció con los cuidados de Federico. Ambos tomaron entónces el camino de Santiago, donde llegaron el último dia del mes de marzo.

## IX.

En una hermosa mañana de los primeros dias del mes de Abril, unos cuantos elegantes carruajes se hallaban en la plazuela de la Compañía.

Dos jóvenes iban a unirse por los lazos indisolubles del matrimonio a la voz de un sacerdote.

El acompañamiento sino era numeroso, a lo ménos era bien escogido. Parecia estar formado solo por los miembros de las familias de aquellos que iban a recibir, en el altar, la bendicion de Dios.

El aparato era imponente, pero sencillo.

El silencio de la Iglesia infundia respecto.

Todos estaban arrodillados

El sí de una boca feminil se deja sentir, débil, pero mas o ménos seguro.

En este momento, dos jóvenes aparecen en el umbral de la puerta; alcanzan a oír ese sí. Uno de ellos, como loco, se lanza en medio de la concurrencia con los brazos abiertos, como para apartar una fantasma o para separar esos dos seres que parecia ver entre sueños. Al llegar donde estaban los desposados, lanza un grito i cae desmayado.

Alberto habia reconocido a Emelina.

Esta se casaba con un jóven que hacia cuatro meses habia llegado de Europa, lleno de melindres, pero rico.

## X.

El marido de Emelina se llamaba Félix: habia recorrido en dos años la mayor parte de la Europa i América: habia visto muchas cosas, pero sin comprenderlas.

Félix era una de esas cabezas vanas i lijeras que pierden el tino cuando ven lo grande, que necesitan viajar para despertarse; pero que llegan a Chile a la última moda de Paris, que hablan mucho i nada entienden, que se olvidan de las cosas mas usuales, i que por conservar el aire de estranjerismo hacen ridiculeces sin cuento; de esos individuos que hablan a las señoras de *madama*, a los sirvientes de *domésticos*, al puchero lo llaman *pot pourri*, a la confianza *sans façon*, al sombrero *chapeau*, hablan a todos los hombres de *monsieur*, i a cada cosa dicen: «cuando yo estuve en Paris.»

Félix era un jóven que tenia mas dinero que talento, mas presuncion que buen sentido, que no sabia comprender el valor de una pasion i que se casaba solo por tener mujer. La raza a que pertenecia, era de lo que suele llamarse de buena masa, i poco le importaba que su mujer fuera de talento, con tal que fuera hermosa, que ella anduviera en el portal, miéntras él estuviera en el teatro.

Pero Félix tenia dinero; poseia una fortuna, i bastaba esto solo para llenar los deseos, la aspiracion constante de Emelina.

La mujer de sociedad, como ella misma habia dicho, venció a la mujer de corazon.

Emelina habia pospuesto el amor de Alberto por el amor al dinero. La ausencia de este le habia hecho fácil el camino del matrimonio, i nadie habia encontrado que le recordara su pasion, su amor, su delirio por ella.

La idea de Alberto, mas tarde, se le aparecia como el destello fugaz de una ilusion de amor que habia acariciado en su corazon de niña; pero que

borraba con el placer, el lujo, los bailes, el teatro i el paseo, con las lisonjas que recibia de los hombres i la adulacion de los necios.

Si ese recuerdo le preocupaba a la hora del sueño, lo vencía durmiendo; si en el día, con salir o con alguna otra clase de distraccion.....

En el día se cree que Eméline vive feliz; pero la frialdad de la pasión de su marido,—que ama mas la levita que le sienta bien i las botas que oprimen su pié, que a su mujer, i el recuerdo de un amor que tronchó en los primeros albores de su existencia, i la desgraciada situacion a la que, por su culpa, redujo a Alberto, como vamos a ver, le vienen a amargar de cuando en cuando sus recuerdos, aunque trata de olvidarlo todo, ahogándose en el placer de los sentidos.

Su madre la cree feliz i bendice su union.

No supo jamás que Alberto sintiera por su hija mas que una simpatía.

#### XI.

¿Qué fué de Alberto, de ese desgraciado que recibió tan duro golpe, cuando creía que las puertas de la felicidad se habían abierto un instante para él?

Ai! Alberto no pudo soportar un desengaño tan cruel. La esperiencia habia sido mui dura. Su organizacion no podia resistir a un golpe que lo heria en lo mas grande, en lo mas santo, en lo mas puro que poseia.—Alberto se habia vuelto loco!

El triste desengaño de sus mas doradas ilusiones, le trastornó su cerebro, débil aun por la enfermedad que habia sufrido.

En medio de su locura, veía siempre una fantasma que trataba de separar con horror; i despues de un combate que parecia sostener, con los brazos abiertos, como para separar un negro recuerdo, caía en un letargo profundo.....

En uno de estos dias, he visto a Federico, i me dijo que no desesperaba de volver a la razon a Alberto; que se hallaba mas tranquilo i que su locura iba en disminucion.

Concluiré aquí, trascribiendo lo que dije en el capítulo cuarto, hablando de Alberto:

«El sufrimiento le haria conocer, mas tarde, cuan terrible es descender de una creacion poética a una creacion humana, llena de las miserias del mundo.»

Santiago, julio 28 de 1860.

C. ADOLFO MURILLO.

### Cosas de estos tiempos.

La sociedad, gran palabra porque encierra todo lo que hai de bueno i todo lo que hai de malo en un pais cualquiera; todo lo que hai de bueno, porque de la sociedad salen los conocimientos i la ilustracion; todo lo que hai de malo, porque de su seno brotan todas las pasiones, los crímenes i los vicios. Es tambien grande la sociedad, porque la componen los hombres que son los seres mas perfectos de la creacion, los únicos capaces de formarla i de aniquilarla, los únicos tambien capaces de engrandecerla, porque engrandeciéndose los

hombres, se engrandece la sociedad, que no es otra cosa que el conjunto, o reunion de ellos mismos; de aniquilarla, porque en manos de los mismos hombres, está la vida, el progreso de la sociedad, i está tambien la muerte i el abatimiento de ella misma, verdad tan sabida i manifiesta que no necesita de mas esclarecimiento. De este modo todas las virtudes, todos los defectos, todas las pasiones i todo aquello que nos engrandece, se refleja en la sociedad, haciéndola aparecer mas o ménos atrasada, segun sea la escala en que se encuentren nuestras perfecciones o defectos; necesita por lo tanto la sociedad de cultivo, necesita recibir a cada instante lecciones de aquellos hombres capaces de dárselas, para que su adelanto en la via del progreso sea rápido, para que pueda constituirse en lo que se llama sociedad culta, i colocarse en el rango de los *paises civilizados*.

Nuestra sociedad actual adolece de muchos defectos todavia, pero estos defectos le son disculpables en parte, a causa de su juventud: es un niño que aun necesita de que se le sostenga i a quien es reciso guiar para que no se estravie en el camino.

Estas reflexiones me han dado la idea de poner a los ojos de mis lectores, una conversacion que tuve con un jóven de esos que ruedan por estas calles de Dios i que forman lo que se llama sociedad de buen tono. Ni quito ni pongo una palabra: ahí vá.

Sucedió que ahora noches estaba de visita en casa de este mi amigo, i que ese mismo dia en la tarde le habian llevado el primer número de un periódico, cuya publicacion dependia, por entónces, de la buena o mala acogida que el público le hiciese. Ofreciéndonos una novedad como ésta, era cosa mui natural que nuestra conversacion tomase punto sobre ella; así fué. Mi amigo, partidario acérrimo de la literatura nacional i que se cree hombre mui versado en la filosofia, me preguntó con mucha calma: Ha hojeado Vd. este periódico? i me mostró un cuaderno que tenia esteriormente mui buen aspecto, como un actor que sale por primera vez a la escena i procura, en cuanto le es posible, granjearse la benevolencia del público. Yo que era la primera vez que lo veía, le contesté mui laconicamente :no.

—Pues bien, yo sí lo he *hojeado* todo, i desde luego le diré a Vd. que el periódico no sirve para nada absolutamente: vea Vd. qué papel, qué impresion, qué tipos, qué tapas éstas! parece que los señores redactores quisieran burlarse del público ilustrado; ¿no es verdad?

A tan *benévola* acogida hecha al nuevo periódico, no pude ménos de tomarlo i comenzar a recorrer los artículos que encerraba.

—Oh! me dijo, no lea Vd. tantas sandeces; son cosas de literatura, i le aseguro que son capaces de cansar al mas pacienzudo; no se halla en él una sola palabra de política, que es lo mismo que no hablar nada de nada; (es de advertir que mi amigo, así entiende de política, como un guaso de hablar *en gringo*):

—Ciertamente, aquí no se trata de política, le contesté, pero en recompensa se encuentran, segun parece, algunos buenos artículos literarios.

—Déjese Vd., hombre, de literatura; por todo aquello que no es política, yo no entro; traiga Vd. *el Ferrocarril* o *el Mercurio*, i verá que entónces leeré con gusto esos periódicos, porque tengo la

seguridad plena de encontrar en ellos lo que me agrada; gozo tanto, amigo mio, leyendo la correspondencia de Santiago en el *Mercurio* i la crónica local en el *Ferrocarril*! En el dia no hai plata mas mal gastada, que aquella que se invierte en suscripciones a periódicos literarios; sin embargo si tuviese algun hijo hombre que las leyese, talvez me suscribiría, pero nó; ahora recuerdo lo que un amigo mio, que lo fué tambien de mi padre, me decia, acerca de los periódicos literarios: No deje leer a sus hijos cosas de literatura, porque se pierden. ¿I no es verdad esto, amigo mio?

—Sí, es mucha verdad la de su antiguo amigo, i hace Vd. mui bien en no suscribirse; periódicos de esta clase hacen mui poco honor a una biblioteca como la suya; sobre todo es tan malo el tipo i el papel del tal periódico, que ni por este último siquiera se paga la suscripcion.

—Tiene Vd. mucha razon, me contestó; seguiré al pié de la letra los consejos de mi amigo, pues los creo mui sabios i mui filosóficos. I advierta Vd. otra cosa; fijese en las encumbradas miras de nuestros escritores actuales, ¡pretender con sus escritos mejorar la sociedad, es cuanto cabe en pretensiones i osadía!

Estas últimas palabras las dijo mi amigo casi horrorizado, lo que me hizo comprender en el acto el poco juicio de su cabeza; sin embargo, temeroso de perder el hilo de la conversacion i fingiendo el mayor interes en el asunto, le contesté:

—Sí, señor, es la verdad; no se suscribe Vd. al periódico i punto concluido. Por otra parte, que escritorillos, Dios santo, son los que en él escriben, i de qué miras tan encumbradas! como Vd. lo ha dicho mui bien; tratando siempre cuestiones sobre la sociedad, sobre filosofía moderna, sobre economía política i sobre literatura, que es cuanto se puede decir. Esto, señor, de escribir sobre las costumbres de nuestros antepasados que nosotros conservamos como un recuerdo, i sobre las nuestras, es sin duda insoportable; le aseguro a Vd. que si encontrase por la calle a algunos de esos escritorzuelos, le rajaba la crisma a puñetazos. Pero sin recurrir a este medio se me ha ocurrido en este instante una mui feliz idea que creo mui adecuada a las circunstancias. Vea Vd.: metámonos a escritores de costumbres; esto nada tiene de particular, puesto que en el dia todo el mundo es un literato consumado, o al ménos se tiene por tal, razon por la cual nosotros tambien debemos ser literatos. Pues bien; en nuestros artículos les cascamos duro como con piedra a esos que escriben sobre costumbres i verá Vd. amigo, que nuestros articulillos, les van a descoser mas que si tuviesen un cáustico en el cerebro; de este modo damos un golpe terrible a los literatos, quedamos por unos escritores consumados i en seguida victoriosos abandonamos la liza, llevándonos los laureles del triunfo. ¿Qué tal?

—Magnífico! magnífico gritó mi amigo; es Vd. un hombre *comme il faut*, (téngase presente que no entiende una palabra de frances), i que conoce un poco por no decir del todo, nuestra sociedad. Varias veces habia pensado en el modo de echar por tierra o al ménos dar un malon a nuestros literatos, escritores de costumbres, (por que entre paréntesis, le advierto, que estos son los que mas me incomodan); pero nunca habia dado en el medio; así es que el suyo me parece por demas escelente. Le

puedo asegurar que me fastidian mucho esas que llaman ellos lecciones de costumbres, i por no leerlas, hago voto delante de Vd. de no suscribirme a ningun periódico literario.

—Afirmo i corroboro todo lo que Vd. ha dicho, le contesté, agregando ademas que en todo he de llevar la contraria a lo que digan esos malditos periódicos. Mejor seria, (i esto lo creo con fundamento), que escribiesen esos señores literatos, sobre gastronomía, veterinaria i otras ciencias así, que a mas de ser en extremo interesantes, sirven de un gran provecho para el público en jeneral.

—Eso mismo era casualmente lo que le iba a decir; por lo tanto, tenemos el mismo modo de pensar.

Teniendo ya granjeada la benevolencia de mi amigo, tomé un poco mas a cara descubierta la defensa de los literatos del dia.

—Es indudable; un periódico de esta clase viviria muchos años sin temor de perderse; toda persona sensata lo juzgará así i esto nos basta. I a la verdad, continué, hai en este periódico algunos artículos cuyo mérito literario es incontestable i que por lo tanto, bien los podemos exonerar de nuestro anatema; mire Vd. este sobre el teatro, ¿qué le parece?

Sin tomarse siquiera el trabajo de mirarlo, mi suspicaz amigo contestó:

--Basta que hable sobre el teatro para que sea malo; yo tengo por regla jeneral, que todo aquello que atañe o pertenece al teatro es perverso.

A tan descabellada respuesta, no pude ménos de reirme; sin embargo reprimí la risa i como un hombre acostumbrado a toda clase de contrastes, contesté a mi filósofo.

—Ha pensado Vd. en la respuesta que me ha dado? ¿se ha fijado *siquiera* en el sendo disparate que acaba de pronunciar?

Mi amigo no tomó a mal mi interpelacion, atendiendo a la mucha confianza que existe entre los dos, i me contestó con mucha calma, como un hombre que está mui seguro de lo que dice:

—Sí, señor, el teatro no es mas que una escuela inmoral.

—Pero, hombre de Dios, fijese en lo que dice; por lo que parece, Vd. jamás habrá pisado los umbrales del teatro; nunca habrá leído un drama, una comedia.

—Cómo que nó; todos los dramas de Dumas, todas las comedias de Larra, Breton, Racine, Molière, las tengo en mi cabeza, i por cierto que con la mayor facilidad se las podria recitar de memoria.

—Pero si esto es cierto, ¿cómo se anima a decir que el teatro es una escuela inmoral? acaso juzga Vd. par las piezas líricas?

—No, señor; me he fijado principalmente en las representaciones dramaticas.

—Pero segun parece, o Vd. no entiende jota en representaciones dramaticas, (i esto lo digo con perdon de Vd.,) o si entiende, es incomprendible su modo de pensar.

A tan agria contestacion mi buen amigo se amostazó un poco; sin embargo por no quedar vencido tan facilmente i tomando un tono dogmático i majistral, me dijo:

—Tengo mis razones para creer que el teatro es lo que ya he repetido a Vd.; no se empeñe en saberlas porque es inútil; cada cual es dueño de



formar libremente sus opiniones. Si Vd. juzga todo lo contrario del teatro, siga juzgándolo así, que yo nada le diré.

—Todo lo que Vd. me ha dicho lo creo, le contesté; sin embargo, no me cabe aquello de que Vd. diga, que el teatro es una escuela inmoral; ignoro el fundamento que Vd. tenga para decirlo; puede que sea muy razonable, i si es así, no veo el motivo porque no quiera dar su opinión.

—Mire, me dijo: con una sola razon que yo le esponga, no dudo que quedará convencido. Querido amigo, continuó tomando un tono burlesco; ¿es bueno i decente que un hombre i una mujer se abracen en las tablas? ¿es bueno que una comedia no se componga mas que de amoríos?

—Todo esto me parece a mi muy bueno; no sé qué razon tiene Vd. para creer lo contrario.

—Cómo! qué ejemplo se le dá con eso a nuestra juventud, qué puede pensar, después de una representacion de ese jénero, una inocente jóven?

—I por ventura, amigo, le repliqué, algo incómodo al verlo disparatar tan sin razon, ¿creé Vd. que es inmoral una pieza porque un hombre se abraza con una mujer, créé Vd. que la vista de un hecho semejante puede producir en los espectadores mas que una simple impresion sin consecuencia alguna perjudicial?

—Oh, me dijo, cómo se conoce que Vd. jamas ha sido espectador en piezas por el estilo de las que hablamos! ¿tambien se conoce que Vd. no tiene niños en los cuales podria fácilmente reconocer a primera vista esta clase de impresiones.

—De qué niños habla Vd., ¿de los chicos o de los grandes?

—Parece que Vd. se burla, amigo.

—No señor; quiero saber de cual de las dos categorías habla, si es de los grandes, yo mismo le garantizo que a esa clase de muchachos, nada le sucedera yendo al teatro; lo que van a ver, ya es viejo para ellos.

—I los chicos? me preguntó disgustado i creyendo dejarme callado con la pregunta.

—Los chicos no van al teatro, i si van los abrazos que allí vean, significan tanto para ellos como los que reciben tarde i mañana de sus respectivas mamás. Pero sin recurrir a estas estremidades, ¿conoce Vd. a los niños del siglo diez i nueve?

—¿Qué me quiere Vd. decir con esto?

—Le quiero decir que si por casualidad conoce a la juventud de este siglo?

—Oh! perfectamente.

—I si conoce a nuestra juventud, ¿a qué me viene con que un jóven sale horrorizado del teatro si ha visto una pieza con abrazos? Vea: yo le diré en pocas palabras, de donde proviene que Vd. tenga del teatro semejantes ideas. ¿Ha visto representar el drama, *Hernani*?

—Sí, señor i lo he leído, a mas.

—Pues bien, ¿qué le parece aquella última escena, en que doña Sol sostiene entre sus brazos a Hernani moribundo?

—Cómo me ha de parecer! muy natural; pues que siendo Hernani querido de doña Sol, ésta viéndolo en ese estado corre a favorecerlo.

—Hola! con que eso no es inmoral para Vd., i es que un hombre se abraza con una mujer! Ha visto representar, *Ricardo Darlington*? En este drama suceden cosas horribles, como esa en que Ricardo quiere repudiar a su mujer sin tener nin-

gun motivo, de que mas tarde la precipite por un balcon, que venda miserablemente su honor; i todo por dar pábulo a su desenfadada ambición ¿qué le parece todo esto?

—En extremo inmoral.

—O Vd. amigo es incomprendible en su modo de pensar, o tiene acerca del teatro ideas muy añejas; convéngase, querido amigo; el teatro lejos de ser una cosa mala, es una verdadera escuela de costumbres, es un lugar, al cual asisten los hombres, no solo con el objeto de divertirse, sino con el de recibir lecciones salidas de sus mismas costumbres, a ver las consecuencias de sus defectos i malas pasiones, i tambien a ver recompensada la virtud. Vd. no me podrá negar, que muchas veces ha sucedido, que un drama, una comedia ha bastado para librar a la sociedad entera, de las horribles consecuencias de un vicio, o de una pasión funesta. El origen de la comedia viene desde los tiempos mas antiguos i fué inventada entónces, con el objeto de reprochar las malas costumbres, los vicios i los crímenes de la sociedad. Los hombres en un drama por ejemplo, ven castigados i de una manera terrible sus crímenes, ven las consecuencias precisas i funestas, que los afectos desordenados traen consigo; i es indudable que viendo esto solo, el hombre se corrije i la sociedad, por supuesto, se mejora.

Con lo poco que le he dicho, creo que Vd. verá en el teatro todo lo contrario de lo que pensaba; sin embargo, cada uno es dueño absoluto de sus opiniones, con tal que no sean descabelladas; de esta suerte Vd. es libre, como ántes lo ha dicho, de formar juicio sobre las cosas, como mejor le plazca.

Por lo que respecta al periódico, que segun recuerdo era sobre lo que ántes conversábamos, le diré como un simple observador, las ventajas i desventajas que un periódico literario trae consigo. Las ventajas son muchas i muy conocidas del mundo medianamente intelijente, esto es, cuando el periódico es verdaderamente literario. El fomenta la literatura nacional, presenta a la juventud un campo vastísimo en donde pueda lucir todos sus primeros ensayos literarios, arregla de un modo maravilloso las costumbres, enseña a formar el buen gusto de las letras, i por último engrandece a un pais, enviando a la posteridad un recuerdo de su cultura i civilizacion. A mas de estas ventajas, tiene otras muchas, que no las enumero por no fastidiarlo. Las desventajas son muy pocas; sin embargo, algunas veces penden de las plumas mas o ménos ilustradas que en él escriben, i por cierto que cuando son poco diestras, hacen al pais i a la sociedad, lo que se llama un *flaco servicio*.

Santiago, julio 31 de 1860.

R. D.

### Murillo.

Hai en Sevilla, me cuentan,  
Una arruinada capilla,  
Dó luce cual maravilla  
El cuadro de un gran pintor;  
Del primero, segun dicen,  
Que en España tuvo fama,  
I que *Campaña* se llama,  
Que le viene de primor.

En esta capilla, digo,  
Se via continuamente,  
Entre muchísima jente,  
A un hombre con gran fervor  
Estar rezando contrito  
Delante del monumento  
Llamado el *Descendimiento*  
Del divino *Salvador*.

Pasaba allí el personaje  
Horas enteras pensando;  
El cuadro dicho admirando  
Pasmado de santo ardor;  
I al despedirse, decia,  
De aquella bella pintura:  
Qué verdad! ay! qué hermosura!  
¡No se puede hacer mejor!

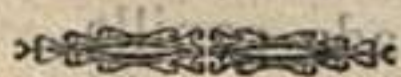
En uno de aquellos éxtasis  
El dicho se aletargaba,  
Cuando oyó que le gritaba  
De allí el sacristan mayor:  
«Ya voi a cerrar la puerta:»  
«¿Hasta cuando mira usía?»  
Ya ha pasado todo el dia  
Mirándolo a su sabor.»

El hombre que allí miraba,  
Nada escucha, más sintiendo  
Que el sacristan repitiendo  
Le está ya con mas vigor,  
Con los dos brazos cruzados  
Le contesta suspirando:  
«Estoi, amigo, esperando  
Que baje ese *Salvador*.»

Este pobre personaje  
Que allí siempre se veía;  
Que en la miseria vivía  
Era en el arte un primor:  
Era aquel cuyos pinceles  
Admira la Europa entera,  
I cuya paleta diera  
Riqueza a mas de un señor.

Era, en fin, aquel *Murillo*,  
Cuya preciosa memoria  
Es la mas cumplida gloria,  
El mas envidiado honor  
De aquella España gloriosa  
En las letras i las artes,  
Que llevó por todas partes  
Su fulgente resplandor;

I que en el dia no vive  
Sino solo de memorias,  
De hechos difuntos, de glorias,  
De su pasado valor;  
I que, en todo semejante  
Al héroe de esta anecdotita,  
Solo al mundo se la nota  
Como a *Murillo el pintor*.



### El juez.

Para que se ilustre el mundo,  
A pintarle voi un hombre  
De gran nombre,  
Mui profundo.

No bien de hablar diera indicio,  
Le pusieron en la mano  
Ejercicio  
Cuotidiano;  
De modo que a los siete años  
Ya nuestro nene sabia  
Lo que hacia  
Nuestros daños.  
No hubo en la escuela ninguno  
Muchacho mas aplicado,  
De contado,  
Que don Bruno,  
Ni mas serio i mas contrito,  
Pues cuando a la aula llegaba,  
Se rezaba  
Su bendito.  
No llevaba, el zamacuco,  
Ni gorra, ni polaquita,  
Mameluco,  
Ni levita,  
Sino un frac mui dilatado  
De su mui amado padre,  
Que su madre  
Le ha achicado,  
I un sombrero, hasta las cejas  
Que tremendo se le entraba,  
Le doblaba  
Las orejas.  
Sin embargo, aunque en justicia  
Todo un doctor parecia,  
No tenia  
Ni malicia.  
Seguia así mui contento,  
Estudiando noche i dia  
Con porfia  
Este portento,  
Cuando lo entrara su madre  
Al instituto en la beca  
Del babieca  
De su padre.  
Fué allí lo mismo, aplicado,  
Serio, grave, concienzudo,  
Testarudo  
Bien hablado;  
I sin esfuerzo el mayor,  
Fué en poco, el afortunado,  
Mui mimado  
Del Rector.  
Lo hizo inspector i pasante;  
Del colejio fué ya un báculo,  
Un oráculo  
Ambulante.  
Salió al fin, ya recibido  
De abogado, ¡qué talento!  
¡Qué portento  
Tan cumplido!  
Mas no visita salones,  
Ni frecuente sociedades;  
Sí Hermandades;  
I funciones  
De iglesia: se hace *tercero*  
De todas las cofradías  
En dos dias  
El cordero.  
Así pues de este muchacho  
Decia el mundo sabido:  
Ha nacido  
Con despacho  
De Ministro: está pintada

Su facha para un juez justo.

¡Ay que gusto!

Que monada.

Nunca lo tentara el diablo,

Debe ser casto no hai duda,

Sin ayuda

De San Pablo.

Jamas baila, bebe vino,

Ni compuso una poesia

Ni en el dia

Del padrino.

Jamas escribió de amores,

Ni tuvo nunca alboroto:

Es devoto

De Dolores.

Así con esta opinion,

Juez de Letras me lo hicieron

¡I tuvieron

Que razon!

¡Qué saber del personaje!

¡Qué enerjía, qué pureza!

¡Qué cabeza!

¡Qué coraje!

No queda persona alguna

(Si es del gobierno enemigo).

Sin castigo,

¡Que fortuna!

El perora, se desata

En contra de la anarquía

Cual bravía

Catarata.

Subyuga los corazones,

Se mete a lejislador.

¡Que opiniones!

¡Que furor!

Se hace tambien consejero,

I consejero terrible,

Increible,

Duro, fiero:

Agarra luego cartera,

Se hace ministro de estado

¡Bien rogado

Como quiera!

I para evitar continas

Revueltas, revoluciones,

Conmociones

Intestinas,

Nos tira mas fulminante

Decretos contra la renta

Que el Tonante

La tornanta.

I a pesar de este importuno

Trabajo de patriotismo,

Es el mismo

Mi don Bruno.

I la jente todavia

Cuando lo vé en la Cañada,

Alborozada

De alegría,

Dice: alla vá esa figura

De la lei ¡qué juez tan justo!

¡Ay qué gusto!

¡Que hermosura!

MANUEL BLANCO CUARTIN.

### Diálogo entre Dime i Diréte.

*Dime.* —¿Qué novedades hai *Diréte*? ¿Nó podrías decirme que se dice, que se hace, que se piensa, que se come, que se bebe etc. etc. etc., en esta nuestra elegantísima sociedad?

*Diréte.* —Las novedades, hijo, están por el suelo, i hasta tal grado llega el decaimiento de la curiosidad o mejor, la muerte de nuestra actividad, que no sabemos mas sino que el gobierno está bueno i gozando de mui buena salud: que las cámaras unas veces se reunen i otras por falta de número no se reunen: que los diarios de intereses materiales siguen mui gordos a pesar de la crisis monetaria: que la *Revista del Pacífico* principia a echar carnes, i que el alimento lo debe en su mayor parte a la benevolencia del círculo de las letras, que por patriotismo no quiere suscribirse ni colaborar al *Mosaico* i se suscribe i colabora a la ya nombrada *Revista*. Por lo demas, nada hai que valga la pena de contarse.

*Dime.* —¡Hombre, qué me cuentas! Con qué todos están buenos, con qué los senadores no asisten a las sesiones apesar de lo agradable que es ir a estarse calladito i bien tapado! Vaya Vd. viendo! ¡I cómo dices que no hai novedad ninguna? ¿Pues cómo no hai novedad, te digo, cuando esos señores no faltan nunca cuando se les avisa, ni dejan nunca tampoco de echar sus bolas de votacion cuando el caso lo requiere? Además ¿cuéntas por nada lo mal mirado que ha sido el *Mosaico* por los literatos, lo mal recibido, diré mejor, que ha sido por los que se dicen amadores de las letras? ¡I lo de la *Revista* que es acaso una chilindrina? Mira, hombre, que eso no es así como quiera, que eso es una novedad de marca mayor, pues cuando a los nacionales se les niega el alimento, con mas razon deberia negárseles a los que no tienen necesidad de él ni son lo que somos nosotros.

*Diréte.* —¡Qué charlatan eres tú, i que chiquillo por otra parte. ¿Te figuras, por ventura, que a la *Revista* la amparan así no mas i por su linda cara? Nó, no lo creas: la ayudan con escritos, que tambien se los darian al *Mosaico*, si él se los pidiese, pero no con plata, que eso ya se ha probado, que de literato no se saca una gota de sustancia. Sobre todo, dentro de un mes me lo dirás, i conocerás que eres lijero en pensar así; haciendo la justicia a nuestros hombres de letras de dar unos cuantos reales para sostener la que llaman nuestra literatura.

*Dime.* —Despues de todo ¿quieres que te diga lo que creo? Que solo los gobiernos son los que pagan bien i que todo lo demas es paja picada. —Ah! caramba! ¿Para qué me pelearia yo con el nuestro! Mira, cada vez que me acuerdo que yo tenia mui buena renta, que cuando escribia cualquier cosita me daban las gracias en contante i que luego me festejaban i me daban fama; i ahora recapacito i veo que aunque escriba como el tostado no solo nadie me da un centavo, sino que hasta me desuelan, créeme que querria pasarme i decirle a quien todo lo puede—de los arrepentidos es el reino de los cielos: dejadme pues salir del infierno en que me hallo i penetrar en el cielo de una oficina. —I crees tú que me perdonarían? A juzgar por lo que veo, creo que sí, i mas como en todo la desgracia me persigue llevo a veces a figurarme que me habian

de tener en cuenta hasta los borradores de mis artículos i amen que me habian de ajustar las cuarenta como se dice.

*Diréte.*—¡Qué niño, te repito, eres, pobre amigo mio! Para todo pecado hai remision; i sino ¿no ves como están todos los *pasados* tan alegres i tan horondos sin que nadie les eche en cara la menor cosa, ni les diga sois unos cambia-colores, como se llama a aquel pajarito que hoi tiene una pluma i mañana otra? Animo pues amigo, i pasarse.

*Dime.*—La cuestion no está allí, caramba! que si estuviera hace mas de un año que ya hubiera cambiado no solo de pluma sino de canto: la cuestion, hijo, de lo que se trata no es eso, sino del modo como llevar a cabo mi transfujio.—Pasarse! está mui bien! Pero ¿a quién me paso? ¿Quién me recibe? ¿Con quién ajusto mi pasaporte?

*Diréte.*—Ahora estamos en eso? Escribe un par de meses en un sentido que no diga nada, que no dé el menor recelo a nadie: haz de modo que tus artículos no salgan del nebuloso campo de las abstracciones: escribe, en fin, de jeneralidades que nada digan embutiendo cuanto despropósito pilles pero con tono dogmático, se entiende, i verás como dicen: se está rehabilitando.—Rehabilitado ya a poco andar, te vas derechito, i sas! te soplas en donde te metan: no tengas cuidado que te han de poner en buena parte, pues a los que se pasan, les dan siempre el mejor lugar.

*Dime.*—Ah bribon! si te creyera era capaz de hacer..... un desatino..... Pero no, prefiero que digan ese hombre es un *dime sin diréte*, es decir, que nadie le pueda sacar los trapos al aire.

*Diréte.*—Desbarras, hijo, desbarras: así, te dejo tiempo para que lo pienses.

*Dime.*—Té vas? Adios pues, i quiera Dios no conmovirme con una inspiracion traidora i hacer que mi fama hasta aqui incólume se vuelva un muladar donde se sepulten las bellas teorías que he defendido..... i donde se abismen los sudores que he pasado por la libertad.

Diciendo así, *Dime* se echó sobre su sofá, dejó caer su cabeza sobre sus manos i se quedó dormido, soñando en la felicidad de ser siempre consecuente a sus opiniones políticas, no importa que el premio de esa constancia sea no contar con ningun amigo, ni recibir de sus correligionarios una sola muestra de cariño en el infortunio.

### Teatro.

Pocas veces el público de Santiago ha podido pasar una noche mas agradable que la del beneficio de don Antonio Gaitan. Reunióse allí todo lo que puede distraer el ánimo i conmover profundamente el corazón. La pieza juzgándose segun el gusto literario que dominó en la literatura no hace muchos años, no titubearemos en llamarla buena, aunque, si hemos de hablar con franqueza, hai escenas en ella de una inverosimilitud que peca contra la verdad que debe buscarse en las composiciones dramáticas. Sin embargo de esto, la representacion fué mas que buena, esmerada, escelente; i tanto, que sorprendiéonos que el beneficiado, a pesar de ser un actor ya de nota, pudiese sacar tanto partido del dificilísimo rol que desempeñó. Verdad, pasion, ternura, intencion cómica, juego artístico, de todo hizo uso i acertadamente.

Por lo que respecta a la hijita de éste no dirémos sino que el público se manifestó sobradamente complacido i admirado; pues ni su tierna edad, ni los conocimientos que deben suponerse en una criatura que no puede conocer ninguna de las pasiones que dominan el corazón, le permitian haber logrado sacar el provecho que sacó de la representacion de su trabajoso papel.

El desempeño de los demas actores i, sobre todo, la graciosa cancion andaluza cantada por Flores, contribuyeron pues a hacer de la exhibicion de la pieza en cuestion una de las mui pocas funciones que hemos visto sin tener motivo ninguno de censura.

El señor Gaitan, se nos dice que ha recibido de la Sociedad de Instruccion Primaria el obsequio de una obra en testimonio del aprecio de que se ha hecho acreedor para con esta Corporacion. Aplaudimos tan bella idea, tan bien merecida galantería la que, estamos seguros habrá sido para el beneficiado un motivo de satisfaccion inesplicable.

A juzgar por la concurrencia, la funcion debe haber dejado algun provecho al señor Gaitan: si es así nos felicitamos de ello, pues pocos artistas son mas acreedores que él a la consideracion pública.

Como la pieza *Madre e Hija* ha complacido jeneralmente, no nos parece fuera de camino recomendar a los empresarios una repetición de ella. Cuando un drama o comedia ha hecho derramar lágrimas a una sociedad, es prueba de que hiere el alma, que conmueve el corazón, jueces a quienes debe atenderse ántes de toda crítica para valorizar el mérito de una obra.

### Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Una felicidad por quincenas.—Algorra de un recién nacido.—Confraternidad literaria.—Una venganza sublime.—El muerto al hoyo i el vivo al bollo.—Teatro.—El fisco no pierde pleito.—I otro dia será mejor.

Si es verdad que somos felices: si es un axioma ya que Chile presenta un espectáculo nunca visto entre las naciones Sud-Americanas por la libertad, no solo social sino civil, política, literaria, etc., etc., etc., que disfrutamos: si no es una mentira, en fin, que estamos a *boca que queris, cuerpo que te ponis* ¿por qué entónces guardar para cada quince dias la felicidad que nos rebosa i el júbilo que nos embelesa? Leyendo la *revista de la quincena* del *Ferrocarril* uno no puede ménos que figurarse transportado a la era dichosa de Saturno i Rhea; que juzgarse en plena edad de oro con su jentil i copiosa bienandanza; i en ello, si hemos de hablar sin tapujos ni rodeos, encontramos por cierto un verdadero placer, pues que la desgracia i la desesperacion quedan en la cocina de la casa (i no se espanten al oír esto) que cocina es hoi el corazón donde se ahuman como jamones las esperanzas i las buenas ideas.

Pero ya se vé, lo que importa es que se nos crea felices tapando la boca a las malas lenguas que han dado de algun tiempo a esta parte en esparcir por esos mundos, que toda nuestra prosperidad estriba en una quietud sepulcral o paciencia de macho de noria, que es todo lo mas paciente que se conoce.

Las memorias presentadas al Congreso por los ministros del despacho son un comprobante de esta ventura, de este contentamiento; i si así no fuesen, sería de creer que las tales memorias son como aquellas loas aprendidas con que nos solemos felicitar los días de días en el hogar doméstico.

Respetando, como es debido, los elocuentes guarismos con que se comprueba la difusión de la instrucción primaria i los mas elocuentes i precisos que acreditan el número de soldados que paga la República, dirémos solo que en medio de la prosperidad de que se hace lenguas nuestro cólega, notamos una contradicción, que a no ser para el extranjero la creeríamos una inconsecuencia de diarista.

Dice pues que *ningun suceso económico, industrial, comercial, político, etc., ha señalado* nuestra vida en esta quincena. Si es así; si en estos quince días hemos vivido como el topo, o mejor como un boa adormecido por el frío despues de un hartazgo ¿cómo se dice entónces que el contento nos innunda i que la existencia desempeña todas sus funciones con la actividad que es uno de los primeros signos de vida en las naciones? El ministro Dubois, interrogado por Luis XV sobre lo que decía el pueblo de Paris, contestábales, segun nos cuenta en sus memorias una octojenaria de aquella corte, «señor, todo va bien: caminamos con viento en popa hácia la felicidad; i esto es tan verdadero que no se mueve ni una hoja del árbol, ni se dice siquiera que [vos i yo gobernamos mal.»

Eso de no haber un suceso notable en 15 días no es un signo de vitalidad, carísimo cólega, ni ménos de contento i bienestar tal como los llaman i apetecen los Norte-Americanos, que, como sabeis, son las mas entendidos en la materia.

Por otra parte ¿habeis dicho la verdad? ¿No os remuerde la conciencia por esta mentirilla? ¿O no llamais suceso económico la crisis monetaria por que atraviesa la república, i por la cual el gobierno ha tenido que formar una lei que, con perdón de todos los que lo detienden, no zanja la dificultad sino puramente la palia? Sentado este funesto acontecimiento económico (porque es preciso que sepais que lo es i no pequeño, ¿cómo decis tambien que la industria no se ha resentido en lo menor i que sigue su camino con el empuje que necesita? Cuando hai crisis cualquiera en la esfera de los intereses económicos, la industria i el comercio sufren un verdadero contraste; pues no puede suponerse que debilitados los agentes con que se los fomenta i con que se les dá vida, puedan ellos permanecer sin sufrir un verdadero contratiempo.

Cuando el banco de Law en tiempo de la rejenia, principió a emitir billetes cuyo precio era nominal por cuanto el gobierno se hallaba desacreditado, la industria francesa, segun lo acreditan los documentos de la época, recibió tan rudogolpe que el mismo príncipe de Orleans dijo «¿I qué quiere Vd. que hagamos, si el sistema de nuestras finanzas está viciado desde sus cimientos?»

Decimos esto, porque queremos haceros presente que ademas de la inconsecuencia hai una falsedad, que solo puede excusarla el deseo de dejar bien puesto el honor de la familia, como decía Caleb Balderston cuando se trataba de dejar airoso a Rawenswood. Juzgando pues la cosa a la Inglesa o a la Yankee, nuestro progreso es retro-

gradismo, nuestro contentamiento, desventura, nuestro silencio, elocuente manifestacion de que no podemos hablar.

¿No me perdonareis, amabilísimos lectores, este pequeño exordio, esta corta disputa, este lijero introito dirijido a nuestro amigo el *Ferrocarril*? Sí, me lo perdonareis, pues las circunstancias, están tan pobres que bien podemos decir para nuestra excusa aquel adajo *donde no hai que comer, todos riñen sin saber por qué.*

Suponiendo que estoi ya perdonado, paso a daros cuenta lo primero de la salud del recién nacido, es decir, de nuestro pobre *Mosaico*.—Pues, señor, el pobrecito lo pasa mal, i tanto que ha tenido algunos días de fiebre i héchonos desesperar en algunos instantes de su restablecimiento.—Así debeis agradecerle que apesar de su debilidad, salga hoi por cuarta vez a besaros las manos, i con la misma galanteria que pudiera si no hubiera pasado por molestia de ninguna clase.

Si quereis saber la causa de su padecimiento os la diré, esperanzado en que habeis de tomar por él un interes verdadero, aquel cariño que tienen todos los padrinos por sus ahijados, i al cual, en mas de una ocasion, han debido algunos hacer, como se dice, su suerte logrando un buen establecimiento.

La causa, el orijen de sus males es pues, lo creereis? que hai jente que no quiere suscribirse, porque dicen que no saben qué tendencias tiene el tal periodiquito, i que timoratos como son, creen comprometerse fomentando su existencia. Otros se preguntan ¿i cómo va a vivir el pobrecito, no contando con suscriptor ninguno, no teniendo un solo colaborador, ni un solo panejirista, sino, por el contrario, únicamente detractores i hasta en los mismos que se dicen amigos de las letras? Otros añaden; qué arrojó el del tal editor meterse a plantear un periódico cuando no ha podido sostenerse la *Semana*, i eso que la tal era como Frai Andrescito, que recojia en sus alforjas cuanto le daban, i sacaba su tarea con los pujidos del prójimo.

Por supuesto, estas habladurias no tienen fundamento, pues quién sería el necio que creeria que el pueblo culto de la capital no quiere gastar ocho reales mensuales, cuando mas no sea que para poder decir: «Santiago protege las luces, ampara los talentos, ayuda a sus hijos en estos días de desolacion».—Todo esto pues, es una vaciedad o mejor una impostura que no merece ni contestarse.—Pues nó que nó! correr que el público Santiaguino, es decir las bellas i elegantes damas de la alta clase, i los próceres, i los togados, i los mineros, i los agricultores, i los comerciantes de esta populosa i civilizada ciudad no están dispuestos a hacer un pequeño sacrificio para tener una publicacion como la nuestra ¿no es, dígalo cualquiera, el mayor de los absurdos i la mas injusta acusacion que puede hacerse a la jenerosidad de nuestros sentimientos?

Verdad es, sin embargo, lector querido, que hasta aquí la esperiencia no puede desvanecer estas imputaciones; pues te consta que preferimos leer de valde a leer pagando (lo que no deja de tener sus ventajas) o no leer a leer con la tranquilidad de tener que soltar cada mes un duro, que bien podia haberse guardado o empleado en tanta cosa mas sustanciosa que lo que son ideas, que el viento se las lleva, o que entran por una oreja i salen por la otra.

Luego andar contando los maldicientes que nuestros literatos, es decir, que el rejimiento de hombres de luces que están afiliados en el círculo de las letras, no solo no quieren suscribirse sino que pelan al *Mosaico*, llamándolo atrevido porque vive sin su ayuda, porque no se ha constituido en pobre de solemnidad para vivir como diría Quevedo de *viles mendigueses*, me parece que es otra iniquidad, que de puro ruin i mezquina no merece ni siquiera contarse.

I si tal fuese: si la bandería pudiese mas que el natural interes del paisanaje: si el noble deseo de alentar la naciente literatura nacional fuese mas pequeño que los dictados del amor propio mal entendido o las sujestiones rastreras de una inesplicable animadversion, seria entónces el caso de creer que los tales amigos de las letras no son amigos de letra ninguna, sino puramente monopolizadores de la literatura o *claqueurs* como llaman los Franceses a los muchachos pagados para aplaudir las piezas compradas por los empresarios.

Todos estos rumores son pues una mentira i tan descabellada, que yo que tambien soi amigo de las letras i visito aquellas reuniones, puedo jurar que no hai uno de aquellos cofrades que no se suscriba siquiera por el que dirán i que no alabe al desgraciado *Mosaico* por el que diré yo, que siempre es mas fuerte que lo que pueden decir las turbas mudas e irresponsables.

Así pues, si hai literatos que se nieguen a suscribirse o que devuelvan los números que se les envian, dirémos en adelante que no solo no pertenecen al círculo de amigos de las letras sino lo que es peor, que ni son, ni han sido, ni serán mas que unos pobres borrajeadores de papel sin corazon i sin patriotismo.

Por lo que te he contado, puedes ya saber la causa de la enfermedad del *menino* i graduar la necesidad en que se encuentra de un pronto i eficaz remedio. Su enfermedad, en fin, no es otra que la del ama, es decir, que se queja i desmejora por falta de leche; lo que le obliga a tomar mamadera hasta tanto que salga del período crítico i trabajoso de la dentición.

Pasado este, esto es, si llega a verse con dientes, entónces ya no hai cuidado; entre tanto, tócate a tí, lector jenerosísimo, no escusar el alimento al pobre niño, que de seguro te servirá si le permites que se nutra convenientemente.

La *Revista Católica* registra en un rincon de su último número una carta de un caballero por lo que dijo el Redactor del *Mercurio* i en la que contra el óbolo de San Pedro, asegura haber dado ocho pesos para el santo Padre. ¡Preciosa i hábil venganza! ¡Dar ocho pesos por tener el placer de decir lo que dicen los niños *guichi, guichi*, que me sacó los ojos cuando alguien les quiere quitar un palo o un cuchillo con que se estropean! Dar ocho pesos por decir con el Andalúz que le dijo al sarjento que queria arrastrar a su querida a prision; mire usted, señor alguacil, si Vd. prende a mi curra, me doi para vengarme de Vd., diez calabazazos contra las piedras!

Ah! lector amado ¡ojalá que tú te vengaras de los literatos i los médicos i los círculos que dicen que nadie debe suscribirse al *Mosaico*! ¿Qué mas quisiéramos nosotros que esa venganza tan discreta? Vengate pues i dí como el dicho caballero «pensé dar cuatro pesos; pero ahora que dicen que no se

dé nada, me vengo dando ocho para que escarmente el que se mete en cuentas ajenas.»

¡dirán que no es dulce la venganza! Sí que lo es, canario! i mucho mas para los que reciben el precio de ella como le ha sucedido a los recolectadores del óbolo i nos sucederá a nosotros, si por venganza de los malandrines follones que nos quieren echar abajo, te suscribes con ocho ejemplares en vez de uno.

Pero no lo harás: que la literatura no es como el *óbolo*, sino como el óvalo donde uno puede ir a oír tocar sin que le cueste un centavo, i a reír de los que pasan sin que le pidan el boleto de entrada.

Con todo, hai literatos que madran; que predicando ayer una doctrina cuelgan hoy los hábitos i se secularizan con buena renta. ¡Quién fuera como ellos!

Decir una palabra mas seria innoble, seria manifestar envidia, que a Dios gracias, no la hemos sentido nunca sino cuando hemos deseado ser Ministros: sí, recalcar sobre esto seria desdeñar de aquella filosofía que tan bien se reasume en este proverbio: *el muerto al hoyo i el vivo al bollo*. No hai que asustarse: el muerto somos nosotros i el vivo los que viven con el flexible talento de sus opiniones.

Como supongo que habrás estado en el teatro te preguntaré que tal has hallado la funcion de esta semana. Yo por mí te diré que la del domingo la encontré malísima, no por la ejecucion sino por el drama que, con perdon de su traductor i de las recomendaciones de los carteles, es de lo mas malo que puede verse.

Si no es así, esplicuémos el objeto, el fin social de la tal pieza, por no decir pieza cortada sobre el molde de Ducange o de Aniceto Bourgeois.

Ese príncipe viejo, pregunto yo, cual era el motivo que podia tener para esa persecucion tan tenaz i tan infame de la pobre Anjela? ¿Es por que no se case con quien ama i venga a ser esposa del que aborrece? Para pintar tanta perversidad es fuerza hacerla precisa, necesaria i como la consecuencia de una ambicion, deseo o pasion que es lo único que puede justificar el crimen a los ojos del arte i hacerlo tolerable a los del público.

Luego ese amante tan insípido, esa princesa tan sin dignidad, i ese envenamiento tan tonto, i esa multitud de lances que recuerdan a cada paso los sainetes en que se apagan las luces i principian todos los interlocutores a darse de topetones i a gritarse sin conocerse ni oirse.

La pieza pues no tiene objeto sino el de fastidiar al público i hacer cambiar los frenos como se dice, a los que deben ejecutarla.

Risso es un excelente galan, uno de los primeros actores que han venido por estos mundos, laborioso, simpático, de talento, pundonoroso; pero nada de esto le permite que, por el prurito tan comun en los directores de escena, se tome un papel que ni dice con sus facultades, ni es natural arrebatarse a otro actor para quien hubiera estado pintiparado.

¿Por qué, pues no se dió a Gaitan el papel del príncipe, papel cuyo carácter es de la cuerda de éste i para cuya representacion tiene sobre todos sus demas cólegas una innegable superioridad? Además ¿por qué no se contentó Risso con el papel

de galan que era el que le venia i en el que hubiera, a pesar de lo malo de la pieza, sacado merecidos aplausos? Por otra parte ¿ignora la empresa, el director de escena, que Vargas no ha nacido para esos roles principales i de quienes depende todo el éxito de una pieza? En la escena en que Conrado se cree vendido por su querida, traicionado en la ternura que le profesa i en que esclama: *perjura, morirás* etc., díganos el mismo Sr. Vargas ¿quedó contento con su ejecucion? ¿No le chocó aquellos gritos tibios, destemplados, en que mui léjos de pintar la pasion no se revelaba mas que el embarazo de un actor que comienza? ¿Cuán diferente habria sido si Risso hubiera hecho el galan i Gaitan el del príncipe, como lo hemos dicho! Entonces quizás la pieza hubiese gustado algo siquiera i no chocado como sucedió en mas de una escena, en que a lo inverosímil de los acontecimientos se unia el despropósito del trueque de los papeles.

Hai i ha habido una manía al escribir de teatro, i es la de no decir jamas la verdad a los actores. De esta manera hemos conseguido echar a perder capacidades artisticas que, amoldadas con una crítica justa i razonada, habrian podido lucir en el desempeño de los papeles de su cuerda.

Por lo demas el teatro estuvo concurrido i el público, es decir, nuestras lectores, monísimas, seductoras, pues jamas se vieron caras mas simpáticas que las de esa noche, ni aplausos mas merecidos que los que llevó la Fedriani, que es la alhaja mas preciosa de nuestra compañía.

Se zuzurra que pronto se nos dará la Teresa, si es así, que no vaya Risso a hacernos el baron que puede mui bien desempeñarlo Agresti o Gaitan, sino el Arturo en el que lucirá si quiere, sus afables maneras i el impetuoso fuego de su cadenciosa declamacion.—Teresa debe hacerlo la Fedriani, i el papel de Amelia la Sotomayor; si así no sucediese, todo empeño seria vano i el público léjos de sentir un verdadero placer en volver a ver esta pieza tan hermosa experimentar una verdadera molestia.

Las quejas i reparos que hemos hecho al drama del domingo, por amargos censores que fuésemos de la compañía, no tendrian de ninguna manera lugar respecto de la representacion del drama *Madre e Hija* que Gaitan nos dió en su beneficio. La pieza es buena, moral, capaz de entretener la cabeza i conmover al corazon sin necesidad de hacer violencia, ni a las ideas severas del buen gusto ni a los sentimientos mas escrupulosos.—Su representacion fué completa, i tanto que mas de una vez queriendo examinarla severamente no hemos podido hallar una sola cosa digna de censura.—Gaitan, especialmente, Risso i todos en fin, hicieron cuanto podian haber hecho los mejores actores de Europa: trabajaron con cariño, con unción; lo que no es raro, pues el beneficiado, que tanto se ha hecho considerar del público por su talento e intachable conducta, ha conseguido tambien hacerse apreciar de sus compañeros de una manera que honra a estos i enaltece al que es objeto de este aprecio.

La jovencita Emilia, que dentro de poco puede ser una preciosa dama joven, tanto por su figura i sus maneras como por el talento precoz que manifiesta, fué mas allá en la interpretacion de su papel: hizo lo que a la artista de estudio mas acendrado habríasele podido ocurrir en mas de una

situacion difícil, en mas de un pasaje cuya ejecucion solo puede ser completa cuando se tiene un talento de primera nota i conocimientos concienzudos en el arte.

El beneficio del señor Gaitan en fin, ha sido coronado por la aprobacion del público i a juzgar por la concurrencia debe haberle dejado algun provecho. ¡Qué sea éste tal cual él se merece i pueda acreditar el buen gusto i la proteccion del público de Santiago!

Aunque los pleitos i disenciones forenses deben importarte un comino, no podré ménos lector de contarte una rara sentencia de la Corte de Apelaciones i confirmada el 7 del actual contra los herederos de don M. C. de Encalada. El caso nos ha parecido curioso: peleaban los arrendatarios del pueblo llamado Peumo con los dichos herederos la posesion de las tierras denominadas con este nombre; i el fisco que le gusta hacer de tercero en discordia se metió de por medio i dijo como dice siempre:

Entre disputa i disputa

Siempre el fisco se lo chupa,

Dijo pues así el ente terrible cuya influencia tenemos que sufrir a cada paso, i a los pobres herederos de aquel ilustre finado no les ha quedado mas consuelo que repetir:

El cuento ya era sabido,

Así no es nuevo el dolor

Que el pleito hayan os perdido

Siendo el fisco mediador.

Perdido pues el juicio tanto por los herederos como por los arrendatarios, el fisco ha quedado con los terrenos, pidiendo a Dios por boca de sus Radamantos que caigan en sus fauces todos los dias piltrafas de esta especie.

Lo extraño hubiese sido ganar el pleito! Eso si que habria sido poner una pica en Flandes; pues no hai ejemplo que el Fisco pierda una causa, ni se ha visto nunca que éste confiese que debe ni ha debido un centavo a nadie.

En esta semana se preparan algunos casamientos i algunas calabazas, segun se nos ha dicho, lo que es una novedad plausible atendiendo a la necesidad en que estamos de acontecimientos de trascendencia.

Los matrimonios hacíanse ya desear, pues el invierno que es la estación en que se quema la mirra en los altares de himeneo comienza ya a dulcificar sus rigores.

¡Dichosos los que se casan! Esos al ménos van a probar la suerte no como nosotros que hace tanto tiempo que estamos casados con nuestra opinion política i velados con nuestra desventura.

Como la semana no ha sido de gracias, no he podido decirte nada de divertido, lector, i ademas la melancolía me tiene el corazon en estado de sitio. Però a bien que pronto se amotinará el chirúmen i soltaremos una granizada de gracias como sucede a todos los revisteros de periódicos, que, como yo, prometen todo para el próximo número i salen con lo del patron Araña que *embarca, embarca i se queda en tierra*.

Por lo demas i sin mas, queda como siempre a tus órdenes.

**Aforismos.**

I.

La literatura es la carrera de los pobres: los pobres corren tras la literatura. ¿Quién pillará a quien? Hablemos todos los que tenemos algo de hombres de letras.

II.

Para ser político, decía Aristóteles i el difunto viejo Escanilla, es menester saber navegar: en este concepto hace tiempo que la república está llena de hombres de estado.

III.

En el comer i el rascar todo está en principio ¿no podríamos saber hasta cuándo nos llevamos en tan meritoria tarea?

IV.

Un gran político de Chile decía: los chilenos estarán siempre contentos si no se les toca a las bolsas. ¿Diría esto por embromar o por decir la verdad pura?

V.

Cada uno tiene su modo de matar pulgas: unos haciéndolas sonar, otros matándolas callandito ¿de qué manera las matamos nosotros? Hablen los que han matado a alguien, o mejor los que llevan tiempo de estar matados.

VI.

Si el amor es un sueño, si es una quimera, si es una mentira, si es un guarismo nada mas que representa lo metálico del corazón ¿cómo es que aquí ningún enamorado duerme, ni tiene ilusión de ninguna clase; ni hai mujer que no quiera de véras, i se case siempre con el que le aconsejen los padres, que, ya se sabe, son los que se enamoran por las hijas?

VII.

Para subir al poder se han menester de muchas cosas, que regularmente no hai sino mui pocos que las reúnen en uno.—Esto, por supuesto, es cierto en Francia, en Inglaterra, o en las monarquías que no saben donde se las pescan, pero ¿cómo habia de serlo entre nosotros que sabemos por la experiencia que en cada esquina hallamos un hombre grande i que de cualquier desconocido se saca un estadista?

VIII.

Antes que cases mira lo que haces.—Doctrina sublime, puesta en planta por los que no quieren suscribirse preguntando por las tendencias que tendrá el *Mosaico*.

IX.

Uno espanta, ciento amansan.—Axioma que puede aplicarse en toda la esfera del sufrimiento, principiando desde la cabeza, i que practican con sus obras los mártires i los paciendudos de todos los tiempos.

X.

Allá vá la sogá tras el caldero.—Este no es refrán ni aforismo, sino simplemente alusión al *Mosaico* que ha salido detras de la caldera de la *Semana*.

XI.

Paciencia i barajar.—Esto no es aforismo, ni sentencia, ni nada, sino despedida de vuestro afectísimo,

FERMIN APOTECMA.

**Charadas.**

Mi primera i segunda, jeneral,  
I jeneral carlista:  
Mi tercera i mi cuarta a primer vista  
Se sabe que es palabra mui usual.  
Mi todo es una flor i mui fragante  
Apesar de su tallo tan pequeño:  
En fin, es una flor vivo diseño  
De la mujer chiquita si es amante.

Es mi primera centro de la vida  
I en latin por mas seña.  
Mi segunda i tercera nos convida  
Con lazo suave que el amor empeña.  
Mi tercera tambien es conocido  
Signo que marca exacto la armonía.  
Mi todo, en fin, lector, tú, cada día,  
O mejor cada rato,  
Lo ves en los paseos  
Con aire mentecato,  
Riendo de los propios devaneos  
Con sencilla franqueza;  
Sin pensar, infeliz, que de escarmiento  
Sirve al amor violento  
Su adornada cabeza.

**Logogrifo.**

Si quieres pasar buen rato,  
Aguza el entendimiento  
I forma de la palabra  
Que escojeres mui discreto:  
Primero, una flor insípida,  
De olor ni malo ni bueno,  
Una sustancia despues  
Que da un carmin mui perfecto,  
I que en los polvos de dientes  
Por cochinilla se ha puesto.  
Puedes tener en seguida  
Un presente de un buen verbo.  
Que tambien sirve a los hombres  
Cuando copian a los perros.  
Luego del mar una ola,  
Te he dicho el nombre indiscreto!  
I luego la flor maldita  
Que nos adorna de viejos.  
Si aciertas con la palabra,  
Tendrás tambien, por supuesto,  
El nombre de una mujer  
I de un hombre, que con esto  
Pasa en Madrid por un zafio  
Desalmado i pendenciero.  
Si no te cansas, podrás  
De los turcos ver el templo,  
I una figura jeométrica,  
I de los vates un término  
Con que designan al buque  
Sea o no sea velero.  
Por fin, mi todo es terrible  
I mui usado veneno  
Que estoi cierto habrás tomado  
Como yo diez veces, ciento.

IMPENTA DEL CORREO.